

LA BROMA.



Año I.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Abril 6 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... ó hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 25

Ropa vieja.

El divorcio de la condesita.

(TRADICION).

I.

Si nuestros abuelos volvieran á la vida, á fé que se darían de calabazadas para convencerse de que el Lima de hoy es el mismo que habitaron los vireyes. Quizá no se sosprenderían de los progresos materiales tanto como del completo cambio en las costumbres.

El salon de mas lujo ostentaba entonces larguissimos camapés forrados en baqueta, sillones de cuero de Córdoba adornados con tachuelas de metal y, pendiente del techo, un farol de cinco luces con los vidrios empañados y las candilejas cubiertas de sebo. En las casi siempre desnudas paredes se veía un lienzo, representando á San Juan Bautista ó á Nuestra Señora de las Angustias, y el retrato del jefe de la familia con peluca, gorguera y espadín. El verdadero lujo de las familias estaba en las alhajas y vajilla.

La educacion que se daba á las niñas era por demás extravagante. Un poco de costura, un mucho de cocina y nada de trato de gentes. Tal cual viejo, amigo íntimo de los padres, y algun reverendo, confesor de la familia, eran los únicos varones á quienes las chicas veían con frecuencia. A muchas no se las enseñaba á leer para que no aprendieran esas cosas pecaminosas, y á la que alcanzaba á decorar el Año cristiano no se la permitía hacer sobre el papel patitas de mosca ó garrapatos anárquicos por miedo de que, á la larga, se cartease con el *percunchante*.

Así cuando llegaba un jóven á visitar al dueño de casa, las muchachas emigraban del salon como palomas á vista del gavilan. Esto no impedía que, por el ojo de la llave, á hurtadillas de señora madre, hicieran minucioso exámen del visitante.

Las muchachas protestaban, *inpecto*, contra la tiranía paternal que, al fin, Dios creó á ellas para ellos y al contrario. Así todas rabiaban por marido, que el apetito se les avivaba con la prohibicion de atravesar palabra con los hombres, salvo con los primos, que para nuestros antepasados eran tenidos por seres del género neutro, y que de vez en cuando daban el escándalo de querer cobrar primicias ó hacían otras primadas minúsculas.

A las ocho de la noche la familia se reunía en la sala para rezar el rosario, que por lo menos duraba una hora, pues le adicionaban un trisajo, una novena y una larga lista de oraciones, plegarias por las ánimas benditas de toda la difunta parentela. Por supuesto, que el gato y el perro tambien asistían al rezo.

La señora y las niñas, despues de cenar su

respectiva taza de *champuz de agrío* ó de mazamorra de la mazamorrería, pasaban á ocupar la cama, subiendo á ella por una escalerilla. Tan alto era el lecho que, en caso de temblor, había peligro de descalabrarse al dar un brinco.

En los matrimonios no se había introducido la moda francesa de que los cónyuges ocupasen lecho separado. Los matrimonios eran á la antigua española, á usanza patriarcal, y era preciso muy grave motivo de riña para que el marido fuese á cobijarse bajo otra colcha.

En esos tiempos era costumbre dejar las sábanas á la hora en que cacarean las gallinas, causa por la que entonces no había tanta muchacha tísica ó clorótica como en nuestros dias. De nervios no se hable. Todavía no se habían inventado las pataletas, que son hoy la desesperacion de padres y novios; y á lo sumo, si había alguna prójima atacada de *gota-coral*, con impedirle comer *chancaca* ó casarla con un pulpero catalan, se curaba como con la mano; pues parece que un marido robusto era santo remedio para femeniles dolencias.

No obstante la paternal vijilancia, á ninguna muchacha le faltaba su chischisveo amoroso, que sin necesidad de maestro toda mujer, aún la mas encojida, sabe en esa materia mas que un libro y que San Agustin y San Gerónimo y todos los santos padres de la Iglesia que, por mi cuenta, debieron ser en sus mocedades duchos en marrullerías. Toda limeña encontraba *minuto propicio* para poner la pava tras la celosia de la ventana ó del balcon.

Lima, con las construcciones modernas, ha perdido por completo su original fisonomía entre cristiana y morisca. Ya el viajero no sospecha una misteriosa beldad tras las rejillas, ni la fantasía encuentra campo para poetizar las citas y aventuras amorosas. Enamorarse hoy en Lima es lo mismo que haberse enamorado en cualquiera de las ciudades de Europa.

Volviendo al pasado, era señor padre, y no el corazon de la hija, quien daba á ésta marido. Esos bártulos se arreglaban entonces autocráticamente. Toda familia tenía en el jefe de ella un Czar mas despótico que el de las Rusias. Y ¡guay de la demagoga que protestara! Se la cortaba el pelo, se la encerraba en el cuarto oscuro ó iba, con títeres y petacas, á un claustro segun la importancia de la rebeldía. El gobierno reprimía la insurreccion con brazo de hierro y sin andarse con paños tibios.

En cambio, la autoridad de un marido era menos temible, como ván ustedes á convencerse por el siguiente relato histórico.

II.

Marianita Belzunce contaba (segun lo dice Mendiburu en su Diccionario Histórico), allá por los años de 1755, trece primaveras muy lozanas. Huérfana y bajo el amparo de su tia, madrina y tutora Doña Margarita de Murga y Muñatonés,

empeñose ésta en casarla con el conde de Casa-Dávalos, D. Juan Dávalos y Rivera, que pasaba de sesenta octubres y que era mas feo que una excomunion. La chica se desesperó; pero no hubo remedio. La tia se obstinó en casar á la sobrina con el millonario viejo, y vino el cura y *laus tibi, Christe*.

Cuando la niña se encontró, en el domicilio conyugal, á solas con el conde, le dijo:

— Señor marido: aunque vuesamerced es mi dueño y mi señor, jurado tengo, en Dios y en mi ánima, no ser suya hasta que haya logrado hacerse lugar en mi corazon, que vuesamerced ha de querer compañera y no sierva. Haga méritos por un año, que tiempo es sobrado para que vea yo si es cierto lo que dice mi tia: que el amor se cria.

El conde gastó súplicas y amenazas y hasta la echó de marido: pero no hubo forma de que Marianita apease de su ultimatum.

Y su señoría (¡Dios lo tenga entre santos!) pasó un año haciendo méritos, es decir, compitiendo con Job en cachaza y encelándose hasta del vuelo de las moscas.

La víspera de vencerse el plazo desapareció la esposa de la casa conyugal, y púsose bajo el patrocinio de su prima la abadesa de Santa Clara. El de Casa-Dávalos tronó y tronó gordo. Los poderes eclesiástico y civil tomaron parte en la jarana, gastóse, y mucho, en papel sellado, y don Pedro Bravo de Castilla, que era el mejor abogado de Lima, se encargó de la defensa de la prófuga.

Solo la causa de divorcio que, en tiempo de Abascal, siguió la marquesa de Valde-lirios, (causa de cuyos principales alegatos poseo cópia y que no exploto porque toda ella se reduce á misterios de alcoba subditos de color), puede hacer competencia á la de Marianita Belzunce. Sin embargo, apuntaré algo para satisfacer curiosidades exigentes.

Doña María Josefa Salazar, esposa de su primo hermano el marques de Valdelirios, Don Gaspar Carrillo, del orden de San Carlos y coronel del rejimiento de Huaura, se quejaba, en 1809, de que su marido andaba en relaciones subversivas con las criadas, refiere muy crudamente los pormenores de ciertas sorpresas, y termina pidiendo divorcio porque su libertino consorte hacia años que, ocupando el mismo lecho de ella, la *volvía la espalda*.

El señor marques de Valdelirios niega el trapicheo con las domésticas; sostiene que su mujer, si bien ántes de casarse rengueaba lijeramente, despues de la bendicion echó á un lado el disimulo y dió en cojear de un modo horripilante; manifiéstase celoso de un caballero de capa colorada, que siempre se aparecía con oportunidad para dar la mano á la marquesa al bajar ó subir al carruaje; y concluye esponiendo que él, aunque la Iglesia lo mande, no puede hacer vida co-

mun con mujer que *chupa* cigarro de Cartajena de Indias.

Por este apunte imagínense el resto los lectores maliciosos. En ese proceso hay *mirabilia* en declaraciones y careos.

Sigamos con la causa de la condesita de Casa-Davalos.

Fué aquella uno de los grandes sucesos de la época. Medio Lima patrocinaba á la rebelde, principalmente la gente moza que no podían ver de buen ojo que tan linda criatura fuera propiedad de un vejestorio. ¡Pura envidia! Estos pícaros hombres son á veces de la condicion del perro del hortelano.

Constituyóse un día el Provisor en el locutorio del monasterio, y entre él, que aconsejaba á la rebelde volviere al domicilio conyugal, y la traviesa limeña se entabló este diálogo:

—Dígame con franqueza, señor Provisor ¿tengo yo cara de papilla?

—No, hijita, que tienes cara de ángel.

—Pues si no soy papilla, no soy plato para viejo; y si soy ángel no puedo unirme al demonio.

El Provisor cerró el pico. El argumento de la muchacha era de los de chaquetilla ajustada.

Y ello es que el tiempo corría, y alegatos iban y alegatos venían, y la validez ó nulidad del matrimonio no tenía cuando declararse. Entretanto, el nombre del buen conde andaba en lenguas y dando alimento á coplas licenciosas, que costumbre era en Lima hacer versos á porrillo sobre todo tema que á escándalo se prestara. Hé aquí unas redondillas que figuran en el proceso, y de las que se hizo mérito para acusar de impotencia al noble conde:

Con una espada mohosa
Y ya sin punta ni filo,
Estate, conde, tranquilo.
No pienses en otra cosa.
Toda tu arrogancia aborta
Cuando la pones á prueba:
Tu espada, como no es nueva,
Conde, ni pincha ni corta.
Lo mejor que te aconsejo
Es que te hagas ermitaño,
Que el buen manjar hace daño
Al estómago de un viejo.
Para que acate Mariana
De tus privilegios parte,
Necesitabas armarte
De una espada toledana.

Convengamos en que los poetas limeños, desde Juan de Caviedes hasta nuestros días, han tenido chispa para la sátira y la burla.

Cuando circularon manuscritos estos versos, amostazóse tanto el agraviado que, fuese por desecher penas ó para probar á su detractor que era aún hombre capaz de quemar incienso en los altares de Venus, echóse á la vida airada y á hacer conquistas por su dinero, se entiende, ya que no por la gentileza de sus personales atractivos.

Tal desarreglo lo llevó pronto al sepulcro y puso fin al litigio.

Marianita Belzunce salió entonces del claustro, virgen y viuda. Joven, bella, rica é independiente, presumo que (esto no lo dicen mis papeles) encontraría prójimo que, muy á gusto de ella, entrase en el pleno ejercicio de las funciones maritales, felicidad que no logró el difunto.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Abril de 1878.

La casa de Francisco Pizarro.

Mientras se terminaba la fábrica del palacio de Lima, tan aciago para el primer gobernante que lo ocupó, es de suponerse que Don Francisco Pizarro no dormía al raso, expuesto á coger una terciana y *pagar la chapetonada*, frase con que se ha significado entre los criollos, las fiebres que acometían á los españoles recién llegados á la ciudad. Estas fiebres se curaban sin específico conocido, hasta los tiempos de la vireina condesa de Chinchón, en que se descubrieron los maravillosos efectos de la quina. A esos cuatro ó seis meses de obligada terciana, era á lo que se llamaba pagar la chapetonada, aunque prójimos hubo que dieron finiquito en el cementerio ó bóveda de las iglesias.

Hecho el reparto de solares entre los primeros pobladores, Don Francisco Pizarro tuvo la modestia de tomar para sí uno de los lotes menos codiciados.

En el primer año de la fundación de Lima (1535), solo se edificaron treinta y seis casas, siendo las principales la del tesorero Alonso Riquelme, en la calle de la Merced ó Espaderos, la de Nicolás de Rivera, el Viejo, que es la que hoy habita el señor Dávila Condemarin, en la esquina del Correo, las de Juan Tello y Alonso Martín de Don Benito, en la calle de las Mantas, la de García de Salcedo, en Bodegonas, la de Jerónimo Aliaga, frente á Palacio y la del marqués Pizarro.

Hallábase esta en la calle que forma ángulo con la de Espaderos, y que se conoce aún por la de Jesús Nazareno, y precisamente frente á la puerta lateral de la iglesia de la Merced y de un nicho en que, hasta hace pocos años, se daba culto á una imagen del Redentor con la cruz á cuestras. Parte del área de la casa la forman hoy algunos almacenes inmediatos á la escalera del hotel de Europa y el resto pertenece á la finca del señor Barreda.

Hasta 1848 existió la casa, salvo ligeras reparaciones, tal como Pizarro la edificara y era conocida por *la casa de cadena*; pues, en efecto, ostentábase en su pequeño patio esta señorial distinción, que desdecía con la modestia de la arquitectura y humildes apariencias del edificio.

Don Francisco Pizarro habitó en ella hasta 1538, en que muy adelantada ya la fábrica del Palacio tuvo que trasladarse á él. Sin embargo, su hija Doña Francisca, acompañada de su madre la princesa Doña Inés, descendiente de Huaina-Capac, continuó habitando la casa de cadena hasta 1551, en que el rey la llamó á España. Doña Inés Yupanqui, que despues del asesinato de Pizarro, casó con el rejidor de cabildo Don Francisco de Ampuero, arrendó la casa á un Oidor de la Real Audiencia; y, en 1631, el primer marqués de la Conquista, Don Juan Fernando Pizarro, residente en la Metrópoli, obtuvo declaratoria real de que en dicha casa quedaba fundado el mayorazgo de la familia.

Anualmente, el 6 de Enero, se efectuaba en Lima la gran procesion cívica conocida bajo el nombre de *paseo de alcaldes*. Despues de practicarse con el ayuntamiento la renovación de cargos, salían los cabildantes con la famosa bandera que la República obsequió al General San Martín (y cuyo paradero anda hoy en problema) y venían á la casa de Pizarro. Penetraban al patio alcaldes y rejidores, deteníanse ante la cadena y batían por tres veces la histórica é histo-

riada bandera gritando: — ¡Santiago y Pizarro! Viva el rey!—

Las campanas de la Merced se echaban á vuelo, imitándolas las de mas de cuarenta torres que la ciudad posee. El estampido de la camaretas y cohetes se hacía mas atronador y, entre los vivas y gritos de la muchedumbre, se dirigía la comitiva á la Alameda, donde un colejial pronun-ciaba una loa en latin macarrónico.

El virey, oidores, cabildantes, miembros de la real y pontificia Universidad de San Marcos y todos los personajes de la nobleza, así como los jefes de oficinas del Estado, se presentaban en caballos lujosamente enjaezados. Trás de cada caballero iban dos negros esclavos, vestidos de librea y armados de gruesos plumeros, con los que sacudían la crin y arneses de la cabalgadura. Los inquisidores y eclesiásticos acompañaban al arzobispo, montados en mulas ataviadas con idéntico primor.

Así en este día, como en el de la fiesta de Santa Rosa, el estandarte de la conquista iba escoltado por veinticinco jinetes, con el casco y armadura de hierro que usaron los soldados en tiempos del marqués conquistador.

Las damas de la aristocracia presenciaban el desfile de la comitiva desde los balcones ó acudían en calesin, que era el carruaje de moda, á la Alameda, luciendo la proverbial belleza de las limeñas.

Danzas de moros y cristianos, payas, gíbaros, papahuevos y cofradías de africanos con disfraces extravagantes, recorrían mas tarde la ciudad. El pueblo veía entonces en el municipio un poder tutelar contra el despotismo de los vireyes y de la Real Audiencia y justo era que manifestase su regocijo en ocasion tan solemne.

El 1820 se efectuó, por última vez en Lima, el paseo de alcaldes, y desde entonces apenas hay quien recuerde cuál fué el sitio en donde estuvo la casa de Pizarro, que hemos debido conservar en pie como un monumento ó curiosidad histórica.

RICARDO PALMA.

Dos Juanas y un pavo fresco.

¡Doña Juana Rondon! ¡Vaya una Juana! Era imposible verla sin exclamar: ¡Bella mujer! Alta, y metida en carnes sin ser gorda, garbosa; con unos ojos negros que, segun la expresion de un sargento de artillería, parecían aceitunas; linda boca, manos y piés pequeños y bien hechos; todo este conjunto se encontraba en la citada Doña Juana.

¡Juanita Bonilla! ¡Vaya una Juanita! Era imposible verla sin exclamar: ¡Bonita muchacha! Bajita, delgada sin ser flaca, era una miniatura de quien podía decirse:

Eres chiquita y bonita,
Eres como yo te quiero,
Pareces campanillita
Hecha por un buen platero;

ó, como decía el mismo sargento de artillería:

La señorita Juanita,
La perla de las mujeres,
Es una casa chiquita
Con todos sus menesteres.

Las dos Juanas vivían en una misma casa y ocupaban dos departamentos fronterizos situados